

ASPERO

FOR

**ANTONIO
ARRAIZ**

ASPERO

FOR

**ANTONIO
ARRAIZ**

I M P R E N T A B O L I V A R

A los grandes muertos,
al linaje glorioso,
a los que me ven más allá de la muerte,
ofrendo.

Sitting Bull, águila.
Moctezuma, príncipe.
Netzahualcoyotl, poeta.
Huathemozinc, tigre.
Caupolican. Manco Capac.
a los grandes muertos,
a todos ellos,
a los que no conozco, a los muertos oscuros,
al alma de la raza,
ofrendo.

AMERICA

Canto mi América virgen.
Canto mi América india
sin españoles y sin Cristianismo.
Canto mi triste América.

Tambores de cuero retumban
por los reyes muertos.
Tambores de cuero resuenan.
Tambores que fueron de guerra.

Los musgos, las yerbas silvestres.
retoñan sus manchas alegres
sobre negras ruinas
de viejas, gloriosas ciudades.
América de ritos antiguos.
América milagrosa.

Canto mi América tropical.
En cuyas selvas espesas;
en cuyos Andes, bajo el cielo infinito;
en cuyos rios venerables;
en cuyos amplios llanos luminosos:
quizás se escondió Pan.

EL HERMANO MUERTO

La tristeza es una cosa suave y leve.
Es como una pluma negra
que nada pesa
 en la frente del fuerte guerrero,
y ondea negramente.

La tristeza es como una joya
de obsidiana
de las que hace el viejo artista,
el viejo artista
que aún tiene el pulso firme.
La joya de obsidiana es suave y leve.
La tristeza es suave y leve.

* * *

Hoy he recordado
a mi hermano de sangre que murió en la batalla.
Vivió mucho antes que yo.
Guerreó mucho antes que yo.
Murió mucho antes que yo.
Y sin embargo, él es
mi hermano de sangre.
Hermanos de guerra y de paz.
Hermanos de brazo y de mente.
Hermanos de vida y de muerte.

Mi hermano de sangre murió hace ya tiempo.
La herida la tuvo en el pecho.
No hablaba esta lengua extranjera
que hablo yo ahora.
No tenía la frente ultrajada.
No vivía en casas tapadas al sol.
Corría libremente colinas.
Creyó aún en Pitao Cozaana,
el dios que se engendra a si mismo.
Mi hermano de sangre murió hace ya tiempo.
Quién fuera mi hermano de sangre!

ANCESTRAL

Mujer, tú me has de seguir
porque así yo lo quiero.
Tengo el tórax amplio y fuerte.
Tú serás mi esclava sumisa.

Tú vendrás mirándome
con tus ojos de niña
y me darás la blancura
de tu cuerpo rendido.

Mujer, yo conquistaré tu pan.
Tú me darás tu amor.
Yo apenas te miraré; pero
tú serás mi esclava sumisa.
Yo soy fuerte y grande y tengo
la cabellera hirsuta flotando al viento.

Cuando
vengan las tempestades
tú te acurrucarás a mi amparo
temblando,
y yo seré una torre.
Yo no tengo que amarte, mujer;
venceré los obstáculos
y tú me seguirás
y me darás la blancura de tu cuerpo
y tu amor.

EL AGUA

El sol me caía de plano
quemándome la nuca.
Sed.
Arrastraba los piés.
Calor.
Era siesta en el llano asoleado,
y, bajo el sol inclemente,
caminaba.

Toqué en tu puerta.
Me detuve.
Un poco de agua al sediento....
Tus manos redondeadas!
y tus ojos suavemente negros!
Tu mirada
cayó sobre mi alma
como un rayo de luna
balsámico y calmante.

Yo seguí mi camino
por el llano asoleado.
Pero tenía
un poco de frescor en la garganta,
y otro poco de frescor dentro del alma.

Un poco de agua al sediento....

Eso fué todo.
Nada más.

LA REINA INDIA

Algún día tocará la belleza a mi puerta.
Cuando esto pienso,
soy una rítmica vibración de armonías.

La presiento
pendiente sobre mi vida.
Yo la diré: mi reina.
Mi reina india.

Tendrá la piel oscura.
tendrá los ojos negros.
tendrá el cabello negro.
tendrá los senos duros.
tendrá las manos largas.
y yo la llamaré:
Mi Reina India.

Entonces,
floreceré en ofrendas.

En la siesta implacable,
salado de sudor,

yo lanzaré mi lanza vibradora,
mi lanza aérea y larga.
Es fiero el tigre
de hermosa piel.
Y pondré la piel ante sus pies pequeños.

Otra vez.
asaltaré la guarida del artifice,
se crisparán mis dedos en su garganta seca.
El tendrá cerámicas,
y vasos,
y joyas labradas,
y yo las pondré ante sus pies pequeños.

Encontraré:
las piedras sagradas
de colores jaspeados
que hay más allá de las montañas.
Las cosas raras. Las cosas bellas.
Las cosas que atraen a las mujeres.
Las cosas bellas. Las cosas raras.

Cómo traeré miel de las colmenas altas!
Cómo traeré flores de los cardos bravos!
Cómo traeré plumas de las garzas leves!

Y sobre todo,
cómo floreceré yo en cantos,
vibrantes de rítmica armonía,
sentado ante sus pies pequeños!

Ella, en cambio,
me dará todo su amor.
Su amor, terso y suave,
como el vientre de una paloma herida.
Suave y dulce,
como una palabra de consuelo.
Dulce y sensual,
como sol del trópico.
Sensual y bello,
como una frente blanca.
Ella, en cambio,
me dará todo su amor.
Y yo la llamaré:
Mi Reina India.

BAILE

Nos hemos ido a la pradera
cinco hombres y cinco mujeres:
carne de juventud.

Todos somos
alados, aéreos.
primaveral.
inquietos.
ligeros de cuerpos.
ligeros de alma.
ligeros como risa.
ligeros como alegría.
ligeros como un espíritu burlón.
un espíritu ligero, burlón e inquieto.

En la pradera, florecen las violetas.
Revolotean las mariposas leves.
Estamos los diez, leves
como si tuviésemos
un dios dentro del cuerpo.

Deslizamiento fantasmal
sobre las yerbas,
sobre la pradera,
sin ruido, como las mariposas,
alígeros.

Las carnes, jóvenes y duras,
son elásticas y duras.

Las mujeres cantan trémulos cantares.
La selva parece que pára
la respiración
para oírnos.....

NOCTURNO

Yo pensaba decirle: “hasta luego.”

Pero de repente, ella
reclinó la cabeza en mi pecho,
me miró,
y en sus ojos vacilaban las lágrimas.

Yo sentí su mirada profunda,
incisiva, y al par dulce,
como un grito, de pronto, en la noche....
Yo sentí su mirada tán muda
y tán llena de voces amargas
y no supe ni hablar ni sonreír.

Fué un silencio penoso.
En mi boca, en mis manos,
se apagaron las tibias caricias.
Como hoja que tiembla en el aire.
reclinó la diminuta cabeza
en mi pecho,
y me vió largamente.

Yo olvidé las pensadas palabras;
los alegres, fraternos adioses,
en los cuales palpita la fé
de volverse a encontrar.
Y sentí su mirada profunda,
incisiva, y al par, dulce.

¿Fué que acaso la muerte
susurró con su voz silenciosa
a su oído de seda?

Y yo que pensaba
decirle: “hasta luego”!...

LA LANZA

I

Como ya el vigor masculino
se insinúa en mi pecho,
dejé atrás los años pueriles,
y me siento un aliento viril:
hoy me hice una lanza.
Oh, qué bella mi lanza!

Sobre el fuego sagrado,
crepitante y sonoro,
se fué transformando
el lingote de hierro.
Yo golpeaba lentamente a compás.
Bajo el golpe sonoro
el lingote de hierro
fué primero pedazo de hierro,
luego, curva de mujer armoniosa,
al fin, punta aguzada
en donde se crispa
el ansia de beber sangre humana.

Oh, qué bella mi lanza!
Luce colores igneos
de los que muestra el sol que se oculta
detrás de la sierra.
Brilla como unos ojos de mujer.
Yo la muevo a la luz del mediodía,
y el brillo se desliza de una punta a la otra,
como un genio alegre
que calzara sandalias.

II

Hoy santifiqué mi lanza.

Encontré junto al valle
a otro hombre, que llevaba otra lanza.
Y para probar las dos lanzas,
él falló su tiro.
mas yo le clavé el metal
en el centro del pecho.
La punta sedienta bebió sangre humana.

III

Y ahora tiene mi lanza reflejos verdosos.
Y corro por valles y montes,
y cruzo la selva solemne,
y llevó la lanza sonora.
La punta sedienta bebió sangre humana!

EL CONSEJO

De noche,
en el trópico,
el calor cede un poco,
el fresco se siente batir,
y el aire que flota
es tan sutil
que parece que une
a las gentes que envuelve
como una secreta amistad.

Entonces celebramos consejo
los bravos.
Uno a uno llegamos
y tomamos asiento
en silencio
al frente del fuego.
No hay ni el más leve rumor.
Es un círculo de hombres de bronce
de piernas cruzadas
y brazos cruzados
que están frente al fuego,
estoicos y rojos,
sentados.

En las chozas, se oye
el continuo vaivén
de las mujeres del pueblo
y de los niños.
Nosotros los bravos
celebramos consejo.
Hablamos de guerra y de caza.
Son los únicos temas.
Las palabras resuenan sonoras.
Los rostros estoicos
no dicen nada.
Se siente el viento
batiendo las tiendas de pieles.
Hablamos de guerra y de caza.
Son los únicos temas.
Y aúllan al cielo redondo
los canes del pueblo.

EXALTACION

Lenguaje mío:
convértete en loco tropel
al decir la exaltación.

Más que todos los hombres;
que todos los hombres de todos los tiempos
que vivieron sus vidas remotas;
más que todos los hombres
yo quiero vivir.

Más que los hombres que arañaban
la tierra parduzca,
con todo el cuerpo y toda el alma
apoyando su peso al arado,
detrás del paso de bueyes isócronos,
mientras el sol recorría el espacio.

Más que los hombres
que salían, sonoros de hierro,
agitando las armas
por la senda de guerra.

Más que los hombres
que se propusieron
desentrañar las cosas vedadas,
y poco a poco rasgaron
el velo de dios.

Más que todos los hombres
que han comido y dormido;
más que todos los hombres que amaron;

más que todos los afanes humanos;
más que todas las vidas;
más aún! yo quiero vivir.

Más que todos los dioses.
Más aún que los dioses yo quiero vivir.

Está el cielo sin nubes.
Ahoga tanta azul claridad.
Tres mil quinientas palmeras
se mecen a compás.
Grita el mar sus roncós
quejidos lujuriosos.
Un revuelo de albas palomas
rasga el azul del cielo.
Estoy en el trópico.

Y como un sér extrahumano,
como un diós,
como un diós eternamente sediento,
quiero reír y cantar y sufrir
y llorar y vivir y morir.
Más que todas las cosas:
quiero vida! quiero vida!

Que todo lo bueno y que todo lo malo
me caiga!

Como un titán extrahumano,
soportaré todos los dolores humanos,
saborearé todos los goces humanos.

Cómo me horroriza
la insensibilidad de las rocas!

EXALTACION

Oh, bien sé que hay dolor
y dolor
y dolor.
Solamente dolor.

Sin embargo:
con mi ingenua alegría,
con mi franco entusiasmo,
acojo al dolor.

Como un buitre monstruoso,
con furioso deleite
morderé en el centro del pecho
del dolor,
y la sangre más íntima
chuparé.

Tengo un ansia insaciable
de dolor.
Como un sér extrahumano,
como un dios eternamente sediento,
más que un dios.

Oh, Señor!
Con tu mano fatal
los más duros obstáculos
opónme a mi paso.
De modo,
que mi paso,
acostumbrado a salvarlos,
se haga más firme y alado.

Oh, Señor!
Que la lucha sin tregua,
la miseria,
el desengaño inclemente,
como dogos de blancos colmillos,
se me planten al frente.
Me siento con fuerzas,
con este sublime vigor inicial
para afrontarme a cada nueva derrota
con nuevo entusiasmo.

Oh, Señor!
Y que caiga,
de bruces contra la tierra, muerto,
cuando aún la meta esté ante mis ojos
como un espejismo divino
que hasta el segundo final
sostuvo en mi pecho el deseo de luchar.

EL HAMBRE

Poco antes del alba
de risa rosada,
hay un preciso momento
en que algo fatal
flota en la selva;
algo inquietante y secreto;
es el hambre,
es el hambre que flota en la selva.

Se nos crispan los vientres vacíos.
El aire palpita de miedo.
Se apagaron los ruidos alegres,
y las miradas se hacen perversas.
El hambre va flotando en la selva.
Detrás de los árboles,
detrás de las peñas,
detrás de la sombra,
se presienten: las garras agudas,
los ojos de torvas miradas,
los dientes,
las fieras hambrientas
de vientres vacíos,
acechándonos.
El aire palpita de miedo.
Olvidamos los ruidos alegres
y andamos con pasos astutos
y ojos perversos
buscando la presa.

Es el hambre,
es el hambre que flota en la selva.

DESCANSO

Va cayendo la sombra sobre el suelo.
Yo estoy sentado aquí divinamente.
A mi lado tengo a mi mujer.
Mi mujer es suave y bella y dulce
y tiene un raro aroma raro.

Los dos callamos,
mirando el rojo ocaso.
El río arrulla su rumor.
La brisa barre su rumor.

El ocaso
es rojo y es violeta y es blanco y es azul
y es divinamente bello
y es divinamente dulce.

Mi compañera
tiene grandes ojos soñadores.
De repente la miro:
¡Hay un rojo fulgor de ocaso en sus pupilas!

“
VIEJA PIEDRA

Llego al borde del río
donde la selva escasea
y se hacen solitarios los árboles.

El extremo del bosque
donde el bravo se torna trémulo
y piensa más en las cosas maravillosas
que cuenta el viejo hechicero.
Piensa más en el sol y la luna.
En el calor del cuerpo que cesa
cuando rasga la carne una flecha.
Piensa más en el niño que nace
y en el viejo que muere.
El viejo que tiene la cara surcada
como piel de una danta,
y que muere en su choza.

El extremo del bosque
donde hay leve ruido.
Encuentro aquí la piedra enorme
que brota del río
como la cabeza de un gigante ahogado.

Me inclino sobre ella.
Y labro y labro y labro.

Vuelan aves al eco del golpe.
Alrededor de mi frente inclinada
hay un vago misterio que flota.
Todo está misterioso. Yo pienso
en las cosas que no sé comprender:
en el niño que nace y en el viejo que muere.
En las cosas maravillosas.
Me estremezco como una mujer.
Y labro y labro y labro.

Caerán día a día los días.
En el cielo nocturno
lucirá muchas veces la luna.
Miriadas de veces.
Morirán los árboles de hoy
y generación a generación
sepultarán su polvo en el polvo del bosque.

Otros guerreros hollarán los senderos.
El calor de sus cuerpos algún día cesará
cuando rasgue la carne una flecha.
Nacerán. Morirán.

Y aquí estará
la piedra labrada,
como la cabeza de un gigante ahogado.
Labro. Labro. Labro.

LA VOZ VANIDOSA

Yo soy rico de bárbaras cosas.
Quiero dar. Puedo dar.
No te pido nada en cambio,
ni un aplauso.
Quiero dar mis bárbaras cosas.

Hé aquí que soy imperfecto.
Imperfecto como trozo de hierro.
¿Quiero acaso ser norma?
¿Indiscutible norma perfecta?
Héme aquí como soy:
imperfecto y potente.
No te pido tu aplauso.

MAGIA

Cuando ella canta:
ella no me dice nada.
Su voz no tiene palabras de consuelo.
Su voz no tiene palabras dulces.
Ella no me dice nada.

Y a pesar,
su voz,
desnuda de palabras,
es suave y dulce y triste,
y dice lo que quiere.
Ella no me dice nada,
pero su voz es bruja,
y me seduce lentamente,
y yo entiendo todo lo que quiere decirme.

Su voz bruja!
Parece que viniera de muy lejos su voz.
Se escapa ténuemente
de su garganta larga
y es suave y dulce y triste.
Su voz no tiene palabras de consuelo.

Su voz no tiene palabras.
Y a pesar,
hème aquí de rodillas
sediento de beber la magia de su voz.

Hème aquí de rodillas,
con los ojos abiertos,
inmóvil,
como si la vida me hubiese dejado.
Ella no me dice nada.
Su voz sale desnuda de palabras.
Y yo entiendo todo lo que quiere decirme.
Música, maga música,
que me ha hechizado.

FUNE BRE

Desfallecía.

La cara era siempre más livida.
Tenía los ojos cerrados. Sin duda
le pesaban los párpados lacios.

La tarde era violeta.

El estaba intensamente pálido.
Y entre el corro de amigos solícitos,
fué muriendo suavemente.
Exánime quedó el bravo guerrero.
Mudo el hermoso rostro.
Frió el potente cuerpo.
Era violeta la tarde.

Solícitos,

nos inclinábamos sobre él.
Tenía en el costado la herida.
Un punto apenas visible,
una herida ávida y maligna.
Y al ver como se iba la vida,
toda aquella vida noble,
aquel sublime valor
del amigo querido,
por un punto apenas visible,
nos llenaba una sorda ira
impotente.
Violeta era la tarde.

SUS OJOS DE GACELA

Hoy me he fijado en que ella tiene los ojos
de gacela.

Siesta.
A todo correr.
La respiración angustiosa
me entraba como un chorro de fuego.
Perseguía a una gacela.

De repente, disparé la flecha
y se le hundió en el vientre
como una injuria amarga.

Me acerqué y agonizaba.
Me miró con sus ojos.
¡Oh qué dulces sus ojos!
Ella tiene los ojos así.

Y así, amigo, deja que yo cante.

SUS OJOS DE GACELA

Ojos negros,
suavemente negros,
timidamente negros,
que no parecen negros.
Son dulces
como una caricia de una mano leda.

Ojos negros,
sensualmente negros,
que parecen de fuego.
Son brillantes.
Son ojos de mujer lujuriosa.

Y en vano invocaré
las otras cosas negras.

Las tinieblas negras,
los gatos negros,
el acero negro,
la noche negra,
la sangre negra,
los otros ojos negros.
Pues sus ojos son
únicamente!
negros.

Ella tiene los ojos de gacela.

Apenas soy un hombre más.
Y, ¿sabes?,
éste es todo mi orgullo.

Un hombre que siente
y ama y vive.
Un hombre con dos piernas
y un corazón.
Un hombre que vé y huele y gusta.
Un hombre que corre y grita y come.
Y, ¿sabes?,
éste es todo mi orgullo.

Mi orgullo de ser hombre:
De haber nacido como todos los demás.
De ser un animal que vino al mundo
a ocupar su puesto como todos los demás.
Un animal con fuerza en el cuerpo,
con divina audacia en la mente.
Un animal que tiene valor,
y se afronta a cualquier otro animal
para defender su puesto en la tierra.
Un animal que vive.
Oh sublime vivir!
Y un animal que crea!

¿Sabes?
Este es todo mi orgullo:
apenas soy un hombre más.

LA VENGANZA

Me roía el rencor.
Me roía el pecho
y me apretaba los dientes.
Yo andaba ciego
para todas las cosas.
Mis ojos lo buscaban a "él".
Solamente a él.

¿Qué importaba la sed
ni la fatiga inclemente?
No tenía yo sentidos para sed
ni fatiga.
Pues todos mis sentidos
los empleaba en buscarlo.
Solamente en buscarlo.
Me roía el rencor.

Oh, y al fin lo encontré!
Junto al cauce del río:
venía de beber.
Era fuerte y valiente como yo.
La sangre me alborotó la cabeza.

Primero le advertí.
El me vió
y notó el fulgor de mis ojos:

El fulgor homicida.
Se aprestó.
Me apresté.
Y al borde del río
los dos hombres fuertes
pelcamos.

¿Acaso yo era
un poco más fuerte que él?
De súbito pude
clavarle el cuchillo hasta el mango
y le brotó roja sangre.

Qué intensa alegría!
Me chirriaban los dientes.
El gran cuerpo hermoso
y odiado
desplomóse a mis pies.
Y quedé yo jadeante y alegre.

Había fulgor en mis ojos.
Levanté la mano hacia el cielo,
la mano homicida,
y reí.

LA COMPASION

¿Por qué no puedo destruirle el nido a la araña?
¿Qué fuerza es ésta que pára mi mano de plomo?
Me parece
que yo tengo algo de tonto.
Quiero rebelarme contra este algo de tonto.
Y no puedo.

REZA TU

Compañera mía:
reza tú por mí.
Tú eres suave
como un poco de humo
flotando en el aire
y que sabes tantas
palabras serenas:
reza tú por mí.

Como yo he tenido
que hablarles mucho tiempo
a los hombres,
ya se me han puesto
mis palabras roncacas
y olvidé los cándidos
sónes infantiles.

En cambio, tú,
compañera mía de la boca pura,
no has perdido nada,
y aún sabes palabras de las que oye Dios.

Yo saldré al campo; afuera
lo incierto y lo malo
y la tempestad de ala de cuervo
me estarán aguardando.
Pero tú, compañera mía,
reza tú por mí.

Tú que aún murmuras sonos infantiles
y que aún recuerdas
palabras serenas
de las que oye Dios.

Tú podrás decir
las gracias que siento
para el que me dá mis males y bienes.
En mis labios ya indóciles
se han puesto
mis palabras roncadas
porque ya hace tiempo que hablo a los hombres.

Reza tú por mí,
compañera mía.
Yo escucho tu rezo
y beso tu boca para
después. . .

NIÑOS GRANDES

Esta tarde hemos hecho
una bella diablura.
Varios jóvenes bravos,
inquietos y alegres,
nos unimos en banda
y atacamos un rancho,
bien alejado de los ranchos nuestros.
Fué apenas una pueril travesura.

En él había contendores fuertes.
Cada uno de nosotros luchó
con uno de ellos,
y uno a uno los fuimos venciendo.
La sangre que salta
y que huele en la tierra!
El espíritu alegre e inquieto!
Las armas de vivos destellos!
Los jóvenes bravos
nos sentíamos con ganas ardientes
de hacer una alegre locura.
Matamos a los fuertes guerreros;

y las mujeres de rostros ovales
quedaron sumisas y semidesnudas
a nuestra merced.

Esta tarde hicimos una travesura.
Mañana,
los viejos guerreros de la tribu nuestra,
con ceños adustos,
nos llamarán frente a ellos
y dirán reprimendas severas;
mientras la vergüenza
nos azota los rostros.

¡Pero un poco más tarde,
con qué admiración
nos seguirán las mujeres del pueblo,
y abrirán los ojos curiosos y enormes
en los rostros ovales y dulces
al vernos pasar;
mientras el orgullo
nos azota los rostros.

SE FUE

Hace un momento era yo todo tristeza.
Una tristeza rara, sensual e indolente.
Caía sobre mi alma,
gota
a
gota,
como la miel.
Y pasaban duendes gimiendo en el viento

Mas de repente la tiré lejos
con mi gesto soberbio!
Ahora baña la dulce brisa mi cara!
Ahora el sol me ilumina de lleno!
El alma, enorme,
no me cabe en el pecho.

Bajo el cielo sin límites,
de piés sobre la tierra adusta,
yo calco una completa simetría.
Y pasan mujeres cantando en el viento.

EL CIVILIZADO

Era un hombre curioso y extraño:
Un gran trozo cuadrado
desbastara en el bosque,
y en el centro del trozo cuadrado,
encorbado, yo no sé lo que hacía.

Era un hombre curioso; me acerqué.
Era un hombre pequeño, y a mi ruido
levantó su mirada.
Su mirada de ojos astutos
era aún más extraña que él.
Sonreía con malicia.
Y hurgaba en la húmeda tierra negruzca.
¿Pretendía con su impúdica mano
palpar el ritmo de la vida oculta?

Yo, tribu nómade y lírica,
me quedé asombrado mirándole.
Y luego, alegre,
sin haber comprendido,
me volví corriendo a mis bosques,
a cazar.

Pasaron las lunas.
Las lluvias cayeron.
Hoy volvi.
En el centro cuadrado del bosque
surgieron mil tiernos capullos
de plantas de yuca.
En medio de ellos,
el hombre pequeño sonreía.
El hombre pequeño
de ojos astutos

Y yo, tribu nómada y lirica,
asombrado,
volvi de nuevo a mis bosques
receloso del hombre pequeño.
Sentía como una amenaza
su lento, paciente trabajo.
Triste, me fui a cazar.

PUBERTAD

Es inútil que quiera quedarme,
oh mi madre.
Se me van los pies tras de ella,
oh mi madre.

Un impulso más grande
que el impulso familiar que me ata,
un impulso más grande
me desata los pies;
y se van, y se van, y se van
tras de ella.

Bien quisiera quedarme a tu lado,
oh madre de blancos cabellos,
de tibio regazo,
de amable vejez.
¿Puedo acaso vencer
a la ley natural?
Y mis pies se me van
tras de ella.
Oh ella, de fragantes cabellos,
de cálidos senos,
de ardor juvenil.

Pasé muchos años al amparo materno.
Un hombre lentamente me has vuelto.
Con tu vida me diste la vida.
Pero hoy, nada puedo yo hacer
si la ley natural me transforma en ingrato,
y los pies se me van, se me van, se me van
tras de ella.

LA RAZA

¿No te suena mi voz a recuerdo?
¿Te parece
como si ya la hubieses oído
y no sabes cuándo?

Mi voz es la voz
que hace tiempo resuena en América.
Hace tiempo. Hace siglos.
Resuena en los montes,
y en los llanos verdes,
y en las selvas vírgenes,
olorosas a ritos sagrados,
a príncipes raros, a oro,
a fieras de largos aullidos,
a leyenda, a ignoto...
La voz que hace tiempo
resuena en América.

Desde polo hasta polo,
bajo el casco del corcel europeo,
bajo el rápido fuego del arcabuz,
vencida,

como un enorme corazón sangrante,
América ha sangrado largos siglos.
Y se inclinó la testa de cabellos lacios
frente a unos bárbaros,
salidos del mar,
de botas pesadas y barbas hirsutas.

¿No te suena mi voz familiar?
Hace tiempo resuena en América
de polo hasta polo
y hay un tinte de ira en mi voz.

¿No te suena mi voz a recuerdo?
Grita en mí mi raza.
Grita en mí la raza india.
Grita en mí la raza india.

EL TERROR

Se está muriendo un perro mío.

Era mi compañero.
Mucho más compañero
que mis hermanos de tribu.
Me seguía dócil dondequiera que iba.
Apenas requería
un pedazo de carne grasienta.
Era mi más compañero.

Se está muriendo ahora.
Tiene los ojos tristes de fiebre.
Qué raro: sus ojos
me miran como ojos humanos.
Me miran muy hondo: yo siento
penetrar su mirada
como un dardo en mi cuerpo.
De repente presiento:
¿hay acaso alguno aquí atrás de mí
pronto a descargar su arma en mi espalda?
Todo trémulo de angustia, me vuelvo:
la soledad está conmigo en mi choza.
Tan sólo la sombra se desliza en el suelo,
y, fuera de la choza, la noche se extiende.

Mi perro se muere; me mira,
me mira muy hondo. Deseo
apartar mi mirada de él.
Y de todos lados de la sombra infinita
mil ojos humanos observan mis ojos.
El miedo me hiela la sangre.
Mi perro se muere.

LA FE

Hoy creo en ti, Dios.
Con la cara pegada del polvo
y los brazos en alto,
hoy proclamaría tu sabia justicia
porque tengo fé.
Una fé ciega, como un toro embistiendo.
Una fé ciega en tu sabia justicia.

Anoche era noche espléndida.
No sé de dónde podría venir
todo aquel intenso olor a flores.
Estaba el cielo negro
impregnado de estrellas.
Y yo me sentía el alma gozosa
como una nube blanca en un cielo azul.

Ella me miró dulcemente.
Los ojos de ella son más luminosos
aún que la luz de las estrellas.
Los ojos de ella son más negros
aun que la tibia noche tropical.

Los ojos de ella parece que dicen
cuentos familiares
de los que contados por la vieja abuela
nos dan un tierna, tremula emoción.
Los ojos de ella tienen la dulzura
de una garza herida que abatió su vuelo
sobre una laguna
y en el agua negra.
flota y agoniza.

Me miraba. Y yo
aspiraba fuerte el aire fragante,
como si tratara
de aspirar con él
la noche sublime.
Y hoy,
con la cara pegada del polvo
y los brazos en alto
proclamaría tu sabia justicia.

DEBILIDAD

Amigo:
es verdad todo eso que dices.
Pero ahora,
vète y déjame solo,
llorar.

No me vengas con mis propias teorías.
Es verdad que canté todo éso.
Es verdad que, entusiasta,
proclamé
la hermosura del hombre divino.
Es verdad que adoré la pujanza,
el valor impetuoso, la fuerza.
Pero hoy, amigo:
vète y déjame solo.

Solo, aquí.
Tembloroso y humilde y pequeño.
Solo, frente a la noche inmensa,
frente al bosque sin nombre,
frente a Dios.
Solo, humilde y pequeño.

No me vengas con mis propias teorías.
Y déjame,
con el rostro en las manos,
sordamente
suavemente
solo, solo,
llorar...

BARRO

¿Dices que tu carne es barro,
amada?

Déjame que cante el barro
vibrante de tu carne.

Déjame que cante el barro
sonrosado.

Déjame que cante el barro
hecho dios.

 Mi carne joven arde.

Una fiera me muerde.

Siento palpar tu cuerpo trémulo.

Estoy ansioso de beberte toda.

Yo soy de fuego y canto:

tu barro desmayado y tibio.

mi barro ardoroso y fuerte.

 Yo me sepulto en tí, amada;

en tí, perfumada y tibia

como un nido en la selva.

En tí, dulce como una melodía.

En tí, que sólo eres

un gran suspiro pálido

que cruje bajo mí.

Soy un sello candente.

Y sellarte es, amada,

mi más bella,

mi más grande,

mi más primorosa obra de arte.

 Yo soy de fuego y canto:

tu barro desmayado y tibio.

mi barro ardoroso y fuerte.

SU PASO

Ella pasa; su paso
me evoca todas las cosas bellas
que fueron, sólo;
que ya no son.

Recuerdo mi raza bella.
Recuerdo las nobles princesas mayas
que se paseaban con el mismo paso
con que ella pasea.
Paseaban muy suaves, muy lentas,
casi silenciosas,
amables sonrisas,
ojos de ilusión,
por las azotecas de mármol y jaspe.
De la selva virgen
se acercaban las brisas acariciadoras
posando su heso furtivo en las frentes.
El sol moribundo era de oro puro.
Su luz alegraba el piso de jaspe.
Y su sombra era muy larga y violeta.

Algún guerrero:
dardo puntiagudo,

mudo continente,
frente coronada,
la frente inclinaba
al augusto paso.

Algún sacerdote:
albas vestiduras,
la diestra elevaba
al augusto paso.

De la selva virgen
venían las brisas acariciadoras.
El sol se moría.

Ya no vuelve más el sol de oro puro.

LA MUERTE

Y algún día,
que me llegue la Muerte también.
La sabré recibir
como un bravo guerrero:
con mi cara impasible
y mi ánimo enorme.

La herida,
que la tenga en el pecho,
en la cara, en la frente,
pero nunca en la espalda.

Las negras nubes densas,
lentamente
envolverán mi faz de guerrero
y por la herida
a borbotones
se fugará mi vida
con mi sangre caliente.

Entonaré yo entonces
mi canto de muerte.
Cantaré mis hechos pasados,

mi vida, mis luchas.
Los graves sucesos.
Los sucesos triviales.
Y aún para la mujer de ojos negros
que ennegreció mis días luminosos
y me hizo beber
licores amargos,
aún para ella
tendré una palabra
sonora y fraterna.

Con mi sangre caliente
se me figurará el vigor.
Se apagará lentamente mi canto
al compás de mi vida.
Los hombres de mi tribu
tomarán mi cuerpo, ya inerte,
y me harán las exequias
como cumple a un bravo guerrero.

Pero yo,
el yo que yo tengo además de mi cuerpo,
se habrá fugado antes
por la herida profunda,
y se irá,
por senderos que aún no conozco,
a los eternos vedados de caza,
donde no hay mujeres que amarguen la vida,
donde son constantes
la guerra y la caza,
y el bravo guerrero
contempla de frente
al Grande Espíritu.

EL REPROCHE

Antepasados míos:
es vuestra la culpa!
¿Por qué me sacásteis
de mis negras selvas y mis amplios llanos
y me metisteis en una
fría y oscura ciudad?
Me habéis guiado mal.
Es vuestra la culpa:
ya sólo soy un hombre débil.

Al principio de las cosas
los hombres sublimes y bellos
andaban la Selva con pasos de rey.
Pero vosotros: antepasados míos,
¿por qué tomásteis la senda
que nos condujo a las ciudades frías?

Es vuestra la culpa:
me habéis enseñado a fumar;
a vestir; a beber agua ardiente;
a dormir entre cuatro paredes;
a tostar la carne con fuego;
me habéis enseñado a hablar;
oh, hablar!...

Este es el reproche
del débil hombre civilizado
que habéis hecho de mí.

PASIONAL

Fué la otra tarde.
Cerca
del charco azul de la montaña.

Venian
un hombre y una mujer
La mujer
tenia la esbeltez aligera de las llamas.
Sus senos eran duros y pequeños.
Yo la vi contra el fondo oscuro
del charco azul de la montaña
y me subieron impetus a la cabeza.

La lucha
de los dos hombres
por la mujer!

Nos mirábamos torvamente.
Los pechos musculosos
jadeaban
Yo levanté el hacha
y el cráneo resonó como una cosa hueca.

La mujer tenía los senos duros y pequeños.
Mi mano nervuda estaba negra en sangre.

Fué la otra tarde.
Cerca
del charco azul de la montaña.

INUTIL

Cuando me siento amargo;
como si a mi paso,
una púa de toronja alevosa
se hubiese vengado
de mis tropelias
marcando mi cuerpo,
y su infinita, implacable amargura
me llena.

Cuando me siento solo,
y está la mañana tan fría,
y yo estoy tan solo!

Cuando el dolor me rebosa
y tengo el alma apretada:
me hundo en tus bosques,
Madre Naturaleza.

Madre siempre solicita!
Hundo mi pena en tus bosques.
Oigo gimiendo la brisa.
Me sumerjo en el pozo oscurísimo

que forma el río cantarino.
Me tuesto al sol las mejillas.

Tú eres siempre solícita,
Madre Naturaleza.
Me socorres con tónicos mágicos.
Me renacen dos frágiles alas
dentro del pecho.
Dos alas que quieren vibrar.
Acudes, materna,
a la herida punzante...

Y sin embargo:
yo continúo tan solo!
y la mañana tan fría!

ME PREPARO

¿Qué es ésto que me llama
del seno del día y de la noche?
Con mil voces misteriosas
me llama,
y la sangre
más a prisa me corre.
Hay algo que reclama mi vida.
¿Qué misión es ésta
que me siento encima?

¿Para qué me preparo?
Día por día,
con tesón y constancia,
me preparo.
¿Para qué me preparo?
Lentamente
voy haciéndome grande,
más fuerte, más listo,
esperando que llegue
lo que ha de llegar.

Llamamiento lejano de mi raza;
misión que reclama mi vida;
momento solemne que viene;
¿cuándo llega al fin?

CANTO POSTRERO

Se me han desgastado las fuerzas.
Se me ha desgastado la vida.

Trémulo de asombro,
de asombro y tristeza,
me palpo los músculos fuertes,
me siento la sangre vibrante,
contemplo mi inútil vigor.
Pero
¿dónde está mi aliento perdido?

Ahora está tan mustio
el antes airoso penacho de plumas
como un sauce en estío.

Viejos jefes indios:
los que están ya muertos
hace muchos años
y que antes solían venir a dictarme
palabras viriles
y me daban palmadas de aliento
en la espalda.
Viejos jefes indios:

tenédme ahora lástima.
Pues está tñ mustio como un sauce viejo
el antes airoso penacho de plumas.

Viejos jefes indios:
¿era mi destino
encontrarme con esta mujer
que me acogió con su mirada fría
como una pedrada
en mitad de la frente?

Trémulo de asombro,
de asombro y tristeza,
contemplo mi inútil vigor,
y mi juventud
y mi sangre vibrante.
Pero
¿dónde está mi aliento perdido?

ALABANZA

Mujer de ojos taciturnos.
Mujer: bendita seas.

Que todas las flores que hay en la selva
levanten a coro, a tu paso,
los suaves aromas,
como una alabanza.

Que a tus ojos sean
dorados, todos los crepúsculos,
claras, todas las mañanas,
y desbordantes
de tibios luceros, todas las noches,
como una alabanza. •

Que a tu paso callen
las fieras que rondan,
sus largos rugidos,
y se haga el silencio solemne a tu paso,
como una alabanza.

Que siempre se halle a tu alcance
el agua invisible y fresca
cuando quieras agua;

y las frutas expriman sus jugos,
sus jugos dulces y raros y ácidos,
cuando quieras frutas.

Que a tu paso levanten los hombres
un gran clamoreo,
como una alabanza.
Y se entrecchoquen los bravos guerreros
y demuestren el sublime valor
y que saquen destellos las lanzas,
como una alabanza.

Que a tu paso canten
todas las mujeres que saben cantar.
Cuánto de dulce canta una mujer,
cuánto de noble y de bello y de bueno
pueda decir lengua humana,
se alce a tu paso
como una alabanza.

Mujer: bendita seas.
Mujer que encontré en mi camino.
Porque tienes los ojos negros,
tan bellos que no es posible más,
y tu mirada es dulce,
tan dulce, que no es posible más.
Porque yo un momento pensé
que era para mí la maravilla
de tus ojos taciturnos.
Mujer que encontré en mi camino.
Bendita seas.

EL VOTO

Joven:
nuevo joven que tienes,
como una flecha en el arco,
el enorme impulso latente,
y que surcarás el espacio divino
ébrio de entusiasmo.
Si encuentras a una mujer
de las que le roban a uno el aliento,
que ella te quiera! •

Con todo el tibio fervor de mi voto,
desde alma adentro,
sólo te deseo:
que ella te quiera!

A mí no me quiso.

I N D I C E

	PÁGS.
Ofrenda.....	3
América.....	5
El Hermano Muerto.....	6
Ancestral.....	8
El Agua.....	9
La Reina India.....	10
Baile.....	13
Nocturno.....	15
La Lanza.....	17
El Consejo.....	19
Exaltación.....	21
Exaltación.....	23
El Hambre.....	25
Descanso.....	26
Vieja Piedra.....	27
La Voz Vanidosa.....	29
Magia.....	30
Fúnebre.....	32
Sus Ojos de Gacela.....	33
Sus Ojos de Gacela.....	34
Apenas.....	35
La Venganza.....	36
La Compasión.....	38

Reza Tú..	39
Niños Grandes..	41
Se Fué..	43
El Civilizado..	44
Pubertad..	46
La Raza..	47
El Terror..	49
La Fe..	50
Debilidad..	52
Barro..	53
Su Paso..	54
La Muerte..	56
El Reproche..	58
Pasional..	59
Inútil..	60
Me Preparo..	62
Canto Postrero..	63
Alabanza..	65
El Voto..	67